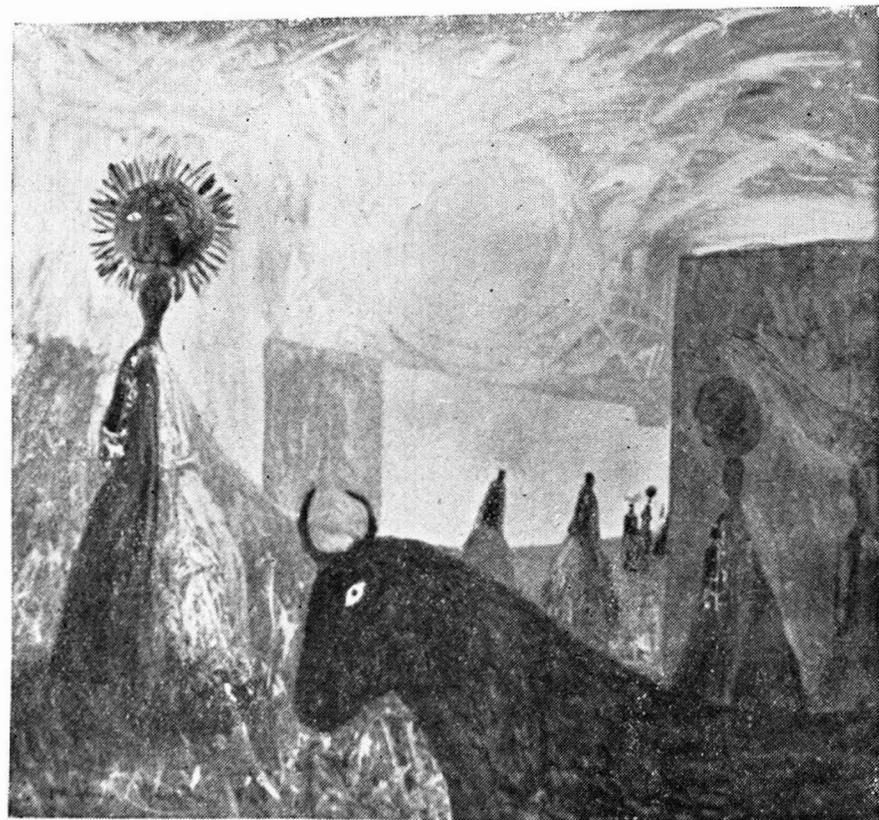


WALDEMAR SJÖLANDER

POR ARTURO AD



Tebuana



La Calenda, Oaxaca

Waldemar Sjölander —pintor sueco que desde hace tres y medio años reside en nuestro país, deslumbrado por la riqueza de temas y luces— es, sin regateos ni dádivas, un gran pintor, cuya nota característica es su pasión por el color.

Hace dos años, cuando por vez primera expuso obra en México —dibujos y grabados, en la “Sala de la Estampa”—, la crítica nacional estuvo de acuerdo en reconocer en Sjölander a una figura de recia contextura artística, de gran relieve en el horizonte de la plástica contemporánea.

En esta ocasión, en que expone setenta y seis óleos y cuatro esculturas en la “Sala Verde” del Museo Nacional de Artes Plásticas, del Instituto Nacional de Bellas Artes, Sjölander ha venido a confirmar, con exceso, el juicio que sobre su gran calidad se había emitido.

“Sin duda alguna —escribe Fernando Gamboa, subdirector del INBA, al hacer la presentación del pintor para esta segunda exposición—, Sjölander es uno de los artistas extranjeros a quienes mayor impacto ha causado nuestro país. El amor y el entendimiento del pintor nórdico hacia México, son sencillamente admirables; la obra que de tal situación deriva ofrece el signo de una absoluta entrega y de una perfecta interpretación, en nada afectada por el tono de superficialidad que tan a menudo aqueja al artista extranjero en México, deslumbrado por fáciles y peligrosos aspectos de lo pintoresco. Dotado de un extraordinario sentido del color, lo trascendente en Sjölander es el modo como llega al fondo de lo mexicano con una asimilación precisa del pasado y del presente del país, interpretados con poderosa personalidad a través de una manera expresionista, llegando a síntesis excepcionales de captación plástica del espíritu de México.”

Las telas y esculturas expuestas son parte de la abundante obra —casi dos centenares de cuadros y millares de dibujos— realizada por Sjölander en el tiempo transcurrido a partir de su primera exposición, en una de las regiones más hermosas e interesantes del país, diáfananamente enmarcada en aires de acendrada autenticidad: el Istmo de Tehuantepec.

El primer año de su estancia en México, Sjölander lo vivió en Guadalajara y San Blas; el siguiente año y medio, en Oaxaca, y desde



Waldemar Sjölander

hace un año radica, literalmente, en Juchitán, de donde sale con frecuencia para ir —gambusino de color y ritmo— a Ixtepec y Tehuantepec.

Sjölander es un hombre que sólo sabe expresarse en un lenguaje de colores y sabores. Así, al explicarnos —en una conversación que, por desgracia, no pudo ser amplia por dificultades idiomáticas— su decisión de vivir en México, nos decía:

—He recorrido muchos países y sus colores no me han satisfecho. Holanda tiene un color verde, que no me gusta. El color gris de Francia “sabe” a fresa. Prefiero los sabores de manzana fresca y limón. Argentina, muy americanizada, no ofrece interés al pintor. Costa Rica es toda montañas. En cambio, en México encontramos todas las alturas, todos los climas, todos los colores. En sólo tres horas de camino, está uno en un mundo distinto. Es el único país en el que un pintor puede vivir todo el año encontrando siempre temas diversos. En Juchitán —subraya emocionado— cada minuto ocurre algo digno de ser pintado. Ahí la vida tiene el mismo ritmo que tenía hace siglos. Por eso me gusta muchísimo.

Nos revela Sjölander que él jamás pinta directamente, es decir, que él nunca anda con su tela a cuestas buscando el motivo para captarlo. Sjölander mira, observa y pregunta, la mayor parte del día, y luego pinta de 15 a 18 horas. Su preocupación es saber “qué pasa en la cabeza de las gentes”. Cuando se ha interiorizado del carácter de los tipos mexicanos, trata de realizarlo, de expresarlo en

R, PINTOR OAXAQUEÑO

WALDEMAR RODRIGUEZ

pintura. Le fascina mirar la vida fresca y llena de sabor. No le gusta el realismo sino lo poético. De esta manera, saca su silla y se va al mercado —que es el centro de reunión en los pueblos— y cuando alguna figura se le ha grabado ya, regresa a su casa y hace posar a alguna de sus modelos —Dionisia, Reyna y Vicenta, “tres gracias” zapotecas—, con quienes convive.

Eludiendo comprometerse con algo que pudiera herir la susceptibilidad de nuestros Leonardos y Rafaeles, Sjölander, no obstante, nos manifiesta que siente admiración por la fantástica pintura monumental de Diego Rivera y por la grandiosidad en las obras de Orozco. “Pero lo que más me gusta es la pintura de Tamayo, pues mi interés es estrictamente pictórico.” “La pintura mexicana —resume— es muy fuerte. Ningún otro país tiene un estilo tan peculiar y genuino en pintura, como México.”

Una apreciación —casi de carácter versicular— de este magnífico pintor europeo, nos da un boceto de su manera de pensar: “El simbolismo en la pintura es peligroso.”

Sjölander, en efecto, piensa y medita con figuras “espectrales”; su dibujo no es de líneas precisas,

el trazo no puede recortarse. La anécdota, realmente, no tiene interés para el pintor, pero la expresión de sus cuadros es de tal dimensión, de acento tan hondo, que el espectador siente el estado anímico de las figuras.

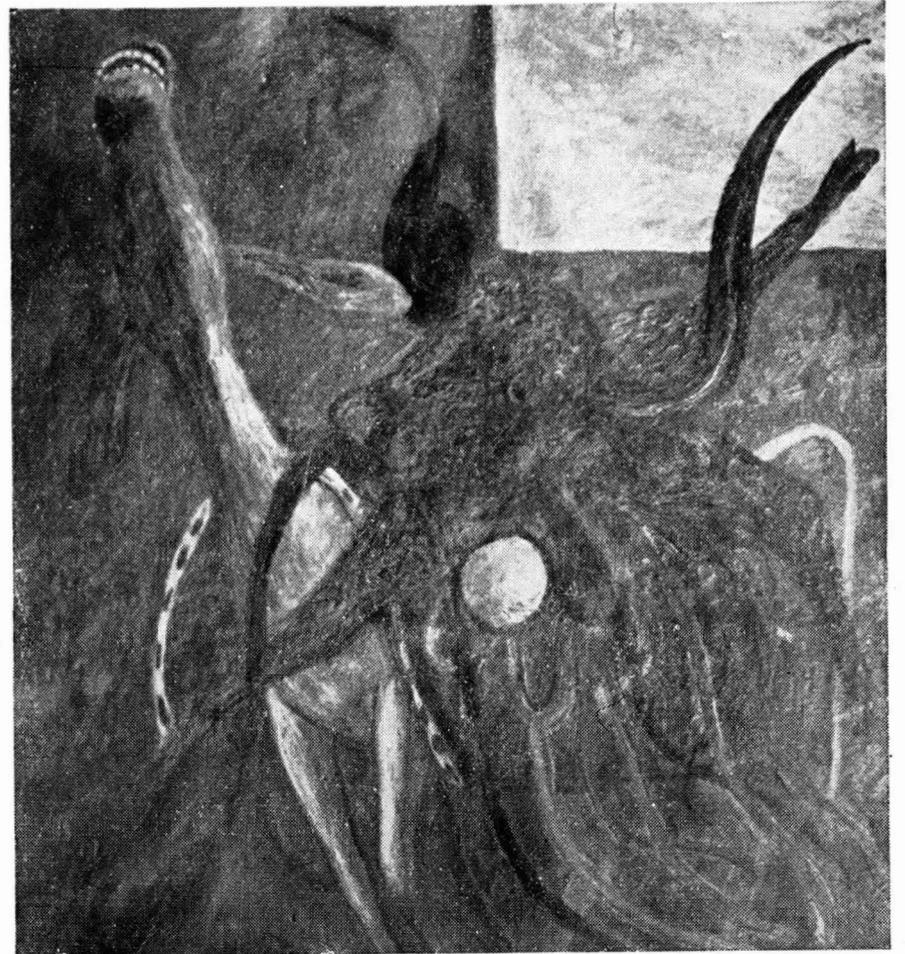
Alguna vez, al visitar la región istmeña, decíamos que en Tehuantepec se inicia el ritmo y el color. Sjölander así lo considera. Y de lo cotidiano —todos los días lo mismo pero siempre diferente—, del paso “danzado” de las juchitecas, del fervor religioso del zapoteca, Sjölander saca el tema y lo desarrolla en función de ritmo, en ecuación de matices, en fórmula de fuerza, de golpe. Caso asombroso el de Sjölander: llega de un país de perfil tan distinto al de México, planta su tienda en el corazón de Tehuantepec y al día siguiente se da cuenta que sus cosas y él mismo han echado raíces hondas en el suelo. Ya no es posible marcharse, ni quiere marcharse Sjölander. El sol que bebe todos los días es el preciso para que el corazón le crezca de tanto querer a Juchitán. De esa pasión por las gentes arranca Sjölander lienzos de gran plenitud. El color y la luz que él lleva dentro son los mismos que Juchitán le da todos los días. Identificación total entre el hombre y el medio. Y de ahí, la poesía pura en los óleos de Sjölander.

Un juchiteco ya ilustre, Andrés Henestrosa, al comentar los cuadros de Sjölander —con quien tuvimos oportunidad de presentarlo—, dice:

“A diferencia de otros pintores europeos, Waldemar Sjölander se ha dejado invadir, casi de modo natural, del aliento y el color de la tierra mexicana.

“Al primer golpe de vista no se podría decir que era un artista europeo sino un mexicano, por la alegría de sus colores, por los temas y por un intento de definir al hombre de México, tarea de todos los grandes artistas que, aun no habiendo nacido entre nosotros, comparten el viejo ritmo mexicano.

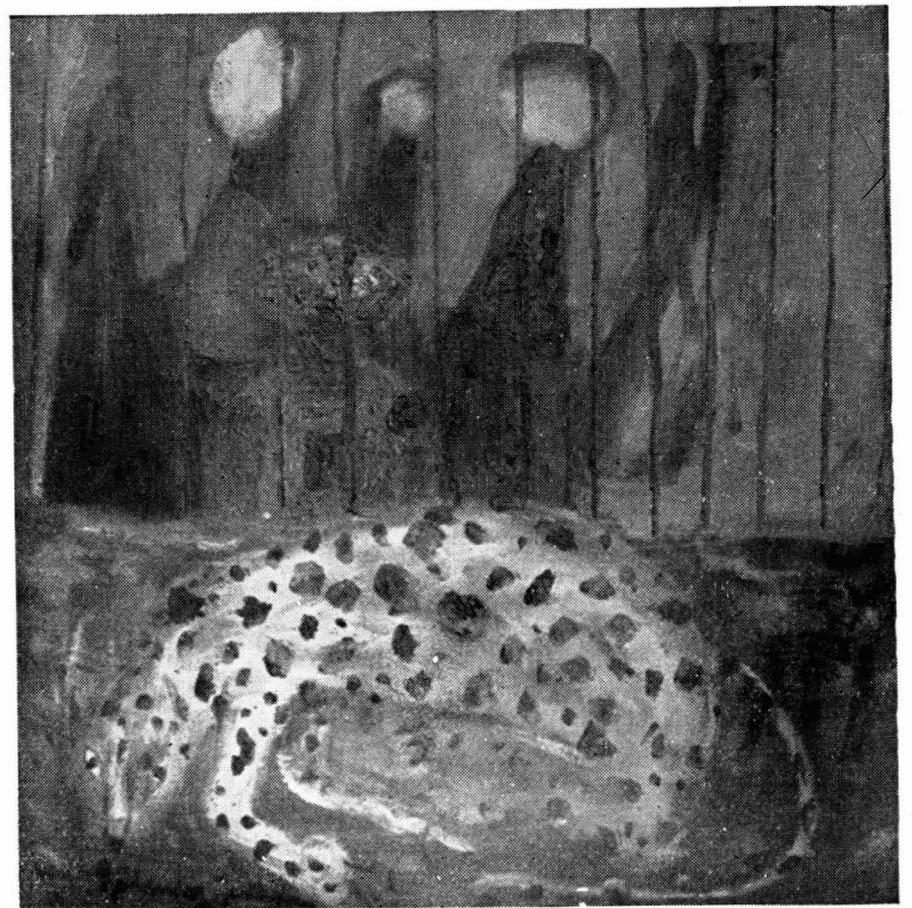
“El Istmo de Tehuantepec ha encontrado en él una resonancia



El Burro del Carnicero



Vendedora, Juchitán



El Tigre

des de la B. B. C. de Londres, Noticias Mundiales de la UNESCO, Grupo Claudio Bernard y otros más.

INVITACION PARA LA SEGUNDA BECA SQUIBB

El Comité de Becas Squibb de México, por conducto de su Secretario Administrativo, ha comunicado a esta Universidad que, a partir del 1º de julio de 1950, empezará la segunda beca Squibb, que como la anterior, que empezó en 1948 y termina el 30 de junio del presente año, tendrá una duración de tres años.

La cantidad de dinero que por concepto de esta beca se pagará al candidato que resulte electo por este Comité, será de quince mil dólares a razón de cinco mil dólares por año.

Dicha invitación, por acuerdo del Rector, fué ya remitida al Director de la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad, para que se sirva darla a conocer entre las personas que se interesen por ella.

DONATIVO DE LIBROS

Por acuerdo del Rector se hizo un donativo de 20 obras editadas por la Universidad a la Seagoville Federal Correction Institution, que es una institución penal en donde por desgracia están reclusos algunos mexicanos, a quienes interesará seguramente leer dichas obras. El envío se hizo directamente al Cónsul de México en Dallas, Texas, para que por su conducto se hagan llegar a su destino.

También por acuerdo del Rector se hizo el envío de un lote de 10 libros editados por la Universidad al representante de México en Lisboa, Portugal, quien informó por conducto de la Secretaría de Relaciones Exteriores que había quedado instalada una biblioteca mexicana en esa misma Legación y que solicitaba ese donativo para el servicio de la misma.

Por orden del Secretario General de la Universidad se entregó al señor Miguel Alemán Jr. la colección completa de la Biblioteca del Estudiante Universitario, y se hizo un donativo de los tomos II, III y IX de las *Obras Completas* del Maestro Justo Sierra al licenciado José Angel Ceniceros. La Comisión Editorial de esta Universidad acordó hacer los siguientes donativos de libros: 2 obras para la Biblioteca de la Liga Municipal de Organizaciones Populares de Coahuila, Colima, y 10 para el profesor Antonio Barbosa, Coordinador de Asuntos Educativos de la Comisión del Papaloapan. También se enviaron en calidad de canje, a la Biblioteca de la Universidad de Yale, 9 obras editadas por la Universidad.

CONCURSO POETICO

El periódico *Juventud Universitaria*, editado por estudiantes de la Universidad, organizó un concurso

poético entre los alumnos de escuelas secundarias, preparatorias y profesionales de todo el país, para el cual, y por acuerdo del Rector, la Universidad asignó como premio un lote de libros editados por la misma. Efectuado dicho concurso, la UNAM, por medio de su Librería, hizo entrega a los integrantes de *Juventud Universitaria* de cinco obras, que se pusieron en manos de los triunfadores durante un festival.

AYUDAS ECONOMICAS

De acuerdo con la solicitud que presentó la señorita Gerarda Scolamieri, directora de la revista *México en la Cultura* que publica por su cuenta en Buenos Aires, Argentina, el Rector de la Universidad acordó se le concediera una ayuda económica de doscientos dólares, de los cuales ya se le hizo el envío de la mitad, y los otros cien dólares se le remitirán en el curso del presente año. Esta ayuda se concedió en vista de que fundamentalmente va a servir para que se haga propaganda de nuestra Universidad en la América del Sur.

De acuerdo con el proyecto presentado por los señores Trinidad Osorio, Luis Concepción Cerón, Antonio Ramírez y Luis Nishizawa, pasantes de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, para hacer un viaje de estudio por los Estados de Oaxaca y Chiapas, se pidió la opinión del Director de esa Escuela sobre dicho proyecto. Habiendo sido favorable, por acuerdo del Rector se concedió una ayuda de mil quinientos pesos, para que los señores antes mencionados puedan llevar a cabo el viaje que se proponen.

Waldemar . . .

(Viene de la página 17)

tan cabal, que puede afirmarse que Sjölander se emparenta con Tamaño, más que por sus comunes influencias europeas, por ser ambos oaxaqueños . . .

"Sjölander sorteó con verdadera maestría el peligro de engolosinarse con el fastuoso traje juchiteco, para quedarse en el puro terreno de la plástica, más allá de todo dato pintoresco. El pasado más viejo de la tierra istmeña está aquí armónicamente enlazado con la más moderna pintura, en una afortunada conjugación del mundo mexicano, en su más nítida expresión, con la más reciente manifestación del mundo europeo de nuestros días."

La exposición de Sjölander, en efecto, constituye, como afirma Fernando Gamboa, no sólo un triunfo de la amistad sino de la buena pintura.

Los Grabados de José Julio Rodríguez

Palabras de José Rojas Garcidueñas al inaugurarse la Exposición de Grabado de José Julio Rodríguez, en la Galería Universitaria, el 30 de marzo de 1950

El programa de este sencillísimo acto me encomienda el presentar al autor de los grabados que aquí vemos, pero ese es un encargo que, propiamente, no puedo cumplir; porque la presentación supone un previo desconocimiento del sujeto presentado y eso no ocurre en el caso de ahora, puesto que el artista José Julio Rodríguez no es un desconocido para los admiradores, conocedores o de cualquier modo afectos al grabado mexicano.

Porque José Julio tiene ya una obra, no muy extensa, pero que ha sido admirada y elogiada justamente por su calidad. En 1940 publicó una serie de grabados, en un hermoso álbum que prologaron Antonio Castro Leal y Alejandro Von Wuthenau. Poco antes había presentado una exposición en Bellas Artes y años atrás también había presentado algunas obras suyas en un par de exposiciones colectivas, ambas en 1942, una en la Academia de San Carlos (es decir, en la hoy oficialmente llamada Escuela de Artes Plásticas), organizada por Carlos Alvarado Lang y otra vez, la primera en que José Julio exhibe, en el Salón de Grabado que en aquel año organizó Eduardo R. Méndez.

Antes de su primera exposición estudió asiduamente, y bien vale la pena recordar, así sea en unas cuantas palabras, los trazos principales de la formación del artista.

José Julio nació en San Miguel Allende pero inició sus estudios en Querétaro, en donde vivió su infancia. En la queretana Academia de Bellas Artes, bajo la dirección de José Germán Patiño, estudió José Julio dibujo y pintura hace aproximadamente veinticinco años; no estudió grabado ni había de ello cursos ni grabadores en Querétaro; pero entre los jóvenes estudiantes de la Academia corrían de mano en mano revistas como *Forma* y otras publicaciones de arte moderno de aquel entonces. Por sincera inquietud, por pura y genuina vocación José Julio empezó a iniciarse en el grabado sin enseñanza de nadie, en difícil autodidactismo, sin más instrumentos que una navaja ordinaria, casi reinventando la uñeta, con alguna gubia prestada por un escultor amigo.

La vida le impone un paréntesis en su desarrollo artístico cuando se va a Tampico, pero más tarde viene a México, busca contactos y los encuentra y entonces su carrera está decidida.

Lo dirige y orienta Pancho Díaz de León, luego aprende mucho de Koloman Sokol; las enseñanzas de esos maestros caen en terreno fértil y preparado y el artista surge, se desenvuelve, se integra y madura.

De su obra poco tengo que decir, puesto que aquí está con su claro mensaje de dominio técnico y expresión de belleza. Ahí están esos trozos seguros de los retratos: el de Silva; el de Allende, tan audaz con sus negros lisos; el autorretrato tan energético, tan fino y tan atrevido.

Paisajes y escenas de extrema finura: ese "Tianguis" cuya estructura me parece magnífica, con sus diversos planos hábilmente manejados, con sus figuras tan vivas en gestos y posiciones. Y así también los otros que el autor llama "Temas de México", que no es el México violento de las revoluciones ni el fanfarrón y agresivo de los corridos sino el México discreto, contenido y suave como el de los poemas lopezvelardianos, el México otoñal que vió Henríquez Ureña. Así en esas finas maderas, así en esos grabados en hueco: en "Callejón de Lecheras", escena a base de líneas rectas y planos secos, geométricos, y sin embargo dando una impresión de suavidad, casi de dulzura, todo en un conjunto de gran plasticidad resuelto con dos notas poéticas: al fondo las curvas leves de la cúpula y el árbol y encima, casi apenas sugeridas, unas nubes suaves y redondas.

Y en asuntos más académicos (en el sentido lato y mejor del término), lo mismo: desnudos de composición sabia y sobriamente equilibrada, de luces precisas para destacar planos esenciales sin insistencias superfluas; esa "Doncella difunta" finísima, delicada. En contraste la "Vieja hetaira" de recuerdo orozquiano, dura de rasgos, cruda y bien compuesta.

Y más querría decir de las preciosas viñetas y de las composiciones fantásticas, en particular de "Las ínsulas extrañas".

Pero todo ello siento que es aquí redundante, cuando las obras mismas dicen su mensaje a los ojos que las interrogan.

Ya dije antes que estas palabras mías no tenían por qué ser una presentación; sólo he querido que sean una salutación al artista y conterráneo que hoy nuevamente accede a mostrar al público esa obra que ha venido realizando callada pero constantemente, con esfuerzo y devoción, con decisión y fervor.